

Sin que su boca lo supiera

El amor vino a visitarme
con antorchas y aromas.
El amor que aparece como un potro
salpicado por lunas y bosques,
el que abarca todo lo visto
vino a quedarse en mis ojos
para caminar junto a su sombra
sin que su cuerpo lo supiera.

Ella vino
con su vestido de alba y de luceros
estuvo muy cerca
con su escote de puntillas;
y horas escritas
que tocaba con sus yemas delicadas.

Ella estaba muy cerca,
casi acaricié sus manos
y susurrando me dijo
que la verdad sugiere otros rostros.

Vino a decirme
de discreciones y silencios;
y la primavera con las abejas,
robó sus labios para besarme
sin que su boca lo supiera.

De libro de poemas de amor, inédito

La luz emanaba de vos

La luz emanaba de vos
y eras como harina
esparcida a contrasol,
a contracuerpo.

Eras el pan,
la espiga joven
segada en el centro mismo de la tierra.

Y yo miraba con mi primavera
de catorce
tus años como ramas verdes
tu follaje habitado de cantos
trillado como la sombra hueca
de un árbol atacado por insectos.

El silencio,
el silencio luego
era un nido yermo
en la canícula de diciembre.

Y tus manos de agarrar los vasos,
las hojas, las carpetas.
Tus manos de acariciar el cabello de tus hijos
eran huesos marcados
como yeso perfumado.

Tu voz de verano,
inaudible
por remedios, morfina y sueros
me llegaba en ese silencio
como un humo abrazador.

En la mesa de mi niño mediodía,
fulguraba tu ausencia
con esa luz de harina y pan
como esta memoria
que me aprieta el alma
con tu voz sonora, anterior,

en las tardes de abuelos y chicharras.

Tu planta todavía está en el rincón.

La nutritiva lluvia

sigue trayendo tus lágrimas

a nuestro patio.

De libro Inédito.

Dedicado a la memoria de mi madre Marta Beatriz López de Urquiaga.

Y no sigo más

Estaba con Juana de Arco ante la hoguera
resplandeciendo con su carne
frente a los ignorantes.

Palpitaba como una vela al viento
cuando en mis brazos expiró Neruda.

Y vi cuando pateaban sus estantes, sus caracoles
y su gente.

Yo estaba en el paisaje
cuando entre rejas gritaba su poesía Miguel Hernández
y en Guernika

los vascos al caer me abrazaban duramente
con un árbol en la sangre y un fusil entre los dedos.

Cuando a Federico lo fusilaron
y su sangre se fue cantando
por el Guadalquivir y por el Duero.

Porque yo misma
vengo cabalgando mi destino,
a cada instante deteniéndome en los senderos.

Y ahora me rebelo,
porque cansada estoy de no morir con ellos,
porque también quemaron en hogueras a los negros,
porque murieron de hambre y frío
muchos niños este invierno.

Yo estaba como estoy ahora
entre ustedes y ellos.

Pero me cansé de ver la sangre
como río entre los dedos.

Porque diciembre pesa una tonelada de ausencia
en el recuerdo.

Porque Julia extraña a su hijo muerto
y don Esteban brinda en las fiestas
a la distancia de mis manos, que son huesos.

Ya estoy decidida a lo inmortal,
y no sigo más, es suficiente.

Yo, la muerte,

renuncio a mi oficio por la injusticia y el miedo.-

Del libro Recuperando el Cielo, FESN, 1984

Inventario

La verdad es una, idéntica a sí misma,
sean cualesquiera los seres que la perciban,
hombres, monstruos, ángeles o dioses.

Husserl

Todo lo que tengo, me lo han prestado:
el cuchillo, la lapicera, el reloj
y la mansedumbre.

También la casa, el auto, el sueldo,
la sonrisa y el llanto.

Todo.

Desde el postigo, la mesa,
el viento y hasta la sal de las lágrimas.

Y en esta casa las baldosas,
las paredes, las tejas,
el cielo, el hogar.

Las maderas, el humo, el recuerdo.

Todo.

Y lo asumo,

porque el que escribe poemas
no tiene nada suyo,
más que esa verdad que esgrime como un arma.

Porque el inventario
resulta agresivo si miro alrededor
o atrás en el tiempo:

quedan tantos papeles,
apuntes, poemas.

Todo es mío

pero debo restituirlo,
aunque sea con la sangre de los nudillos,
con miedos,

ansiedades,

con esfuerzo.

Y lo agradezco.

De libro inédito

Y regalamos los pájaros

Como caen las flores,
se fueron cayendo las horas
de la vieja planta de los días.
Allí jugábamos, hermanos,
con el agua pura de la infancia.
Ahí jugábamos un puerto, un caballo,
un lugar como los hombres,
una guerra.
Luego hacia la nada del silencio,
se fue nuestra madre
del patio y sus lugares;
y nos lavamos la ropa,
nos metimos al mundo,
dimos vuelta el corazón
y regalamos los pájaros.

Ahora que el patio está vacío,
sin aquella rama grande que nos daba el amor
y nos servía el pan a pedazos,
sin el abrigo de su pecho
se caen todas las hojas
en los ladrillos del patio,
donde antes había una parra,
una higuera y un naranjo.

Ahora que no tengo
aquella planta multiplicadora de cantos,
queda sobre mí un techo, una nube, un árbol
y un humo que es memoria que recogen mis manos
como a un fruto que cae de la planta
y picotean los pájaros.

Del libro Y regalamos los pájaros, Ediciones Kabhalah-Disámara, 2000